

CARACTERES DEMOTICOS

Siendo el objeto de las investigaciones etnológicas descubrir las relaciones existentes entre las diversas tribus y pueblos de la tierra, tanto bajo el punto de vista estructural, cuanto lo que se refiere á las distintas formas y manifestaciones de la actividad humana, fácil es comprender que la atención de casi todos los etnólogos se haya fijado de preferencia en los caracteres físicos distintivos de cada tribu, para conforme á ellos, definir las razas: pero es necesario convenir con Powell¹, en que las relaciones existentes entre las tribus americanas en el práctico actual momento, no son físicas, sino demóticas.

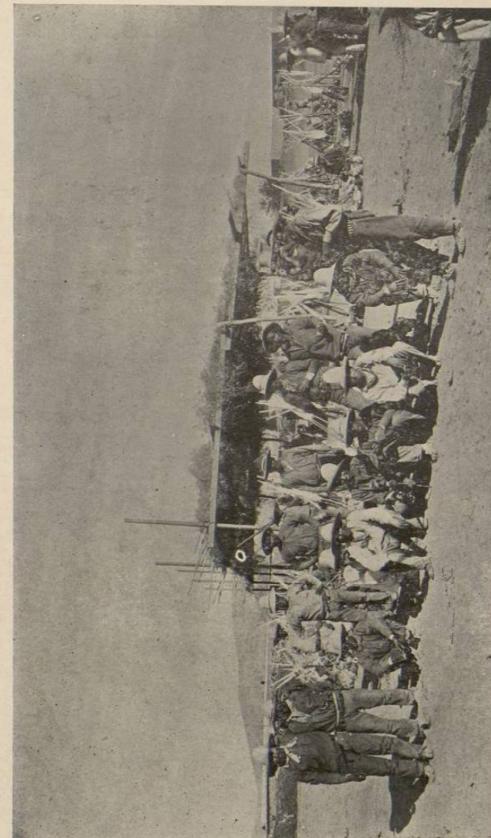
Los esfuerzos de la etnología moderna tienden á establecer un sistema de clasificación, no ya basado en los atributos físicos característicos de los individuos que forman cada tribu, sino en los modos y manifestaciones de la actividad humana expresados por la conducta de los hombres que forman cada raza; manifestaciones que son, como las actividades que representan, el resultado y expresión de la humana inteligencia.

En las tribus americanas se ha observado que la diferencia de mitología y la diversidad de creencias religiosas, es motivo de odio, de enemistad y de guerra: en tanto que la similitud de fe y de creencias inspira mutua confianza y contribuye poderosamente á conservar la paz.

Se ha observado también, que las tribus organizadas bajo sistemas de gobierno é instituciones semejantes se asocian fácilmente; mientras que aquellas cuya organización es diferente, sólo llegan á asociarse en circunstancias excepcionales: que los grupos cuyos sports, juegos é industrias son similares, simpatizan entre sí, en tanto que la diversidad de artes é industrias engendra enemistades y rencores: y por último, que las instituciones, artes, creencias, industrias y costumbres, están íntimamente ligados con el lenguaje que sirve para expresarles y vivificarlas, al grado que la lengua sola pueda servir de base para una clasificación de las razas aborígenes del Continente Americano.

El instinto estético, vigorosamente desarrollado en los indios americanos, sobre todo durante su juventud, se manifiesta palpablemente en sus bailes, juegos, ceremonias, sortilegios, decoración simbólica y música oral é instrumental: los juegos nacen espontáneamente en el individuo como la expresión de una función hereditaria desarrollada por el ejercicio y aumentada más y más en cada generación; representando tanto las fútiles, cuanto las serias actividades de sus antepasados, y presagiando las fútiles y las serias actividades de sus descendientes. Esta espontánea actividad va perfeccionándose en el individuo y en la generación hasta alcan-

1. J. W. Powell.—*Seventeenth Annual report of the Bureau of American Ethnology*.—Washington, 1898.



CAMPAMENTO YAQUI

zar fines más altos; y así es como las industrias nacen constantemente de los juegos. El placer y la industria son hermanos; el hombre persigue eternamente estos dos fines: vida y placer, pero los juegos que le proporcionan placeres, son por fortuna los que generan la industria, y ésta, á su vez, engendra la felicidad.

Aunque no tan perfecto como en las razas superiores, el instinto industrial de los aborígenes americanos está notablemente desarrollado y ha indudablemente nacido del deseo de sustento y de la necesidad de protección contra el duro medio que los rodea. En las industrias primitivas la mímica desempeña un papel importante; así, por ejemplo, las actividades puestas en juego para alimentarse, son aprendidas de las actividades desarrolladas con el mismo objeto por las bestias deificadas, en virtud de la admiración que sus feroces cualidades despiertan en el indio; y aunque el impulso inicial sea fisiológico, los medios empleados para procurarse alimentos, son una imitación de los empleados por dichas bestias. Los colmillos, uñas, cuernos y conchas de los animales, son adoptados como implementos en virtud de las exageradas y míticas cualidades ofensivas que les atribuyen; los arpones, picas, flechas y demás implementos artificiales son fabricados á imitación de los animales por creer que en esa forma están dotados de extraordinario y superfísica potencia. Entre unas y otras tribus, amigas ó enemigas, suelen cambiar los modelos de sus implementos con el objeto de multiplicarlos y perfeccionarlos desechando los deficientes y conservando los mejores. A la par que la facultad de imitar se desarrolla, el ejemplo es integrado, la experiencia coordinada y el misticismo paulatinamente eliminado, hasta obtener que la actividad industrial sea regulada por la racional adaptación á las realidades; y entonces la invención aparece aunque dominada en los hombres poco civilizados por los vestigios de la primitiva imitación, cuya tenaz y rutinaria influencia tan sólo es dado sacudir á los hombres superiores de las civilizaciones avanzadas.

En resumen: los factores que determinan y regulan el desenvolvimiento de los impulsos espontáneos que inicialmente constituyen el instinto industrial, dirigiéndolo á un elevado fin, la prosperidad individual y colectiva, son los cinco siguientes: herencia, medio ambiente, imitación, coordinación de la experiencia propia y de la ajena, y por último, invención.

Las actividades institucionales de los indígenas americanos están expresadas por diversos modos de organización jerárquica de los grupos consanguíneos para constituir tribus: los indios que viven en el grado inferior de cultura llamado estado salvaje, reconocen el parentesco de padres é hijos, pero dan á la madre la autoridad suprema sobre el hijo. A este primer grupo, sigue otro formado por lo que se pudiera llamar parentela, en el que están incluidos los abuelos, abuelas, hermanos y hermanas de la mujer, y los hermanos y hermanas de los abuelos, más la madre, tíos y tías de la mujer. El mando de la familia y del grupo de parientes corresponde al más viejo que es el jefe, pero en todos casos la autoridad de la madre sobre los hijos es superior á la del padre. La jefatura es por tanto avuncular; sólo en casos excepcionales asume el mando un pariente joven, y en este caso toma el nombre del anciano á quien corresponde por la edad.

Un grupo de familias, en el que están incluidos todos los individuos ligados por consanguinidad constituye la tribu: el matrimonio está generalmente prohibido entre los miembros de una misma familia ó casta, pero no entre los de la tribu. Cuando una persona no perteneciente á la tribu quiere unirse á otra perteneciente á ella, debe hacerse adoptar por una familia distinta de la de su futura consorte. Si una persona quiere casarse con otra de la misma familia ó casta, necesita hacerse adoptar por otra familia. La verdad es que los matrimonios se verifican entre parientes y que la prohibición de enlaces incestuosos está basada en reglas convencionales y de ningún modo en el grado real de parentesco.

Varias tribus suelen también organizarse en confederaciones, obligadas por los azares de

la guerra, ó por mutuo consentimiento, y en este caso, convenios especiales establecen el grado de parentesco que debe ligarlas; unas veces convienen en llamarse hermanos, otras en llamarse padres ó hijos; pero en todo caso las tribus más poderosas asumen el grado de parentesco que confiere superioridad, y sus miembros son ó hermanos mayores, ó padres ó abuelos de los que pertenecen á la tribu más débil.

En todas las tribus americanas existe una clase de asociaciones de carácter místico que pudieran llamarse *hermandades*, y que desempeñan un papel importante en las sociedades salvajes. Las ceremonias religiosas, los juegos y las danzas, los pesares y las alegrías, los infortunios y las enfermedades, todo está íntimamente ligado y compartido en estos *cuerpos religiosos*, cuyo jefe lleva el nombre de Padre, y cuyos miembros se designan mutuamente con el nombre de Hermanos.

En algunas tribus, estos cuerpos religiosos ó *phratrias*, están jerárquicamente gobernados por los jefes de familia, de casta y de tribu; el jefe de la familia preside en ella las prácticas religiosas; el jefe de un grupo las preside en todas las familias que constituyen la casta; y por último, el jefe de la tribu, ejerce alta potestad sobre todas las phratrias de la tribu ó de la confederación.

Como las actividades institucionales de los indios americanos, los idiomas son esencialmente colectivos, y reflejan fielmente sus actividades estéticas é industriales y la cultura de sus instituciones. El rudimentario lenguaje de las tribus inferiores puede estar reducido á exclamaciones inarticuladas y visages; pero las tribus superiores poseen sistemas regulares de expresión, lenguaje articulado y, por lo menos, rudimentos de simbolismo gráfico.

Las lenguas aborígenes americanas son, por regla general, muy complejas por su estructura gramatical, *holophrásticas* en sus formas verbales, y altamente asociativas en la idea. Aunque algunos filólogos han creído encontrar entre ellas cierta semejanza de familia, que podría indicar conexiones en su génesis, la verdad es que una alta diversidad, es el rasgo característico de las lenguas americanas, por más que la imitación, la difusión y la mezcla de unas con otras tiendan constantemente á la unificación.

Entre los pueblos civilizados, los sistemas filosóficos tienen por base la razón y la fe combinadas; pero entre los pueblos semisalvajes, como son la mayor parte de los formados por los indios del Continente Americano, los sistemas filosóficos no tienen más fundamento que la fe. De ahí resulta que todos sus actos estén sometidos á la influencia misteriosa de místicas potencias, y su organización social dominada por el poder taumatúrgico de los agoreros: sus juegos tienen siempre algo de adivinatorio, sus danzas y decoraciones son invocatorias; sus industrias están todas relacionadas con misteriosas potencias, y su música es propiciatoria.

Los indios americanos, instintiva ó deliberadamente, procuran ocultar sus creencias y sus prácticas fiduciales á la curiosidad de los extraños; pero recientes investigaciones han dado á conocer las diversas fases del desarrollo filosófico de estas tribus, que pueden, como las de los pueblos primitivos, reducirse á dos estados.

El primero está caracterizado por un vago misticismo en el que el salvaje se cree rodeado de inexcrutables potencias de maléfico y caprichoso carácter, á las que sólo puede hacerse grato por medio de ritos y de prácticas propiciatorias: en este estado el hombre tiende siempre á investir con sobrehumanos y místicos atributos á los grandes animales de la Creación: tal es el zoteísmo.

En el segundo estado, el hombre despoja de estos misteriosos poderes á los animales y á los objetos vulgares, y cree que están concentrados en las imponentes manifestaciones físicas, como el viento, la tempestad, el rayo y el relámpago, ó bien en los grandes objetos de la naturaleza, como el Sol, la Luna y el Océano: tal es el sabeísmo.

Las diversas actividades que he rápidamente mencionado, tienden estrechamente relacionadas las unas con las otras, á establecer una marcada distinción entre el desarrollo demótico y el desarrollo biótico del ser humano: las líneas recorridas por el desarrollo biótico son esencialmente divergentes y el resultado de su proceso evolutivo es la diferenciación: las recorridas por el demótico son altamente convergentes, y conducen, mezclando é integrando los diversos elementos, á la unificación.

Me he detenido en esta enumeración de caracteres demóticos, que son los que podrán guiarme en el estudio de la tribu Yaqui; porque los caracteres somáticos de los indios que forman dicha tribu, no son en mi concepto suficientes para establecer una apreciable distinción entre ellos y los indios pertenecientes á las demás tribus indígenas del territorio sonorense.

Los Yaquis, como los Mayos, han estado y están en contacto con los habitantes civilizados de Sonora y Sinaloa; han adquirido nuevas costumbres y han perdido muchas de las antiguas: el cruzamiento de su raza con la blanca es constante; y si no fuera porque el excesivo amor á sus *tierras* y el odio que profesan á los que juzgan usurpadores, los ha obligado á sostener la guerra contra ellos, hace ya mucho tiempo que las dos razas se habrían confundido hasta el grado de perder sus respectivos caracteres distintivos y formar un solo pueblo.

Tal vez en otro tiempo, pudo la raza Yaqui ser considerada como un grupo distinto, por sus caracteres físicos ó particularidades anatómicas, pero hoy, si los tuvo, los ha perdido; y sólo por su lengua, por algunos vestigios de su antigua civilización, por algunos rasgos fisonómicos y por la coloración de su piel, puede distinguirse del conjunto de tribus que habitan en el estado de Sonora.

Bajo la influencia de múltiples factores, los Yaquis han ido perdiendo, aunque muy lentamente, los caracteres distintivos de su raza, las creencias religiosas y las costumbres de sus antepasados.

Conservan, es verdad, su primitiva lengua; pero como han adquirido la castellana, se sirven indistintamente de la una ó de la otra, y pocos son los que no pueden entenderse con los blancos.

El contacto casi continuo con los hombres civilizados, ha logrado dulcificar un tanto sus instintos, mejorar sus aptitudes, modificar sus hábitos y perfeccionar sus conocimientos industriales.

Las constantes predicaciones de los sacerdotes católicos y las pomposas ceremonias del culto romano, envueltas entre el humo del incienso y el velo del misterio, han seducido á los supersticiosos Yaquis, que han adoptado con facilidad una religión propagada por hombres que ellos juzgan agoreros, revestidos de sobrenaturales poderes, y cuyo prestigio, aumentado por estudiada mímica y simbólicas vestiduras ornamentadas con relumbrones y oropeles, se conserva fácilmente hasta entre gentes mucho menos salvajes que los indios.

Nada más fácil que imponer á los fetiquistas Yaquis una religión tan rica en ídolos, fetiches y misterios, como la religión católica, cuyos incomprensibles dogmas y *reveladas* fábulas, forman hoy asociadas á las creencias sabeístas de estos indios, un absurdo conjunto, una incestuosa confusión de dioses-astros y de dioses semi-hombres, semi-bestias; de purgatorios con llamas y lagunas Batsu-Uni; de ídolos de piedra y de santos de palo; y todo esto flotando en las tinieblas de la ignorancia yaqui, como los fantasmas de una pesadilla en el cerebro de un idiota.

La guerra, sangriento generador de civilizaciones, ha enseñado á los Yaquis el empleo de las armas de fuego, los medios más seguros para destruir á sus semejantes, y algunas de las modernas reglas de esa admirable ciencia que tiene por objeto conservar el discutible principio de propiedad, sacrificando el indiscutible derecho de vivir.

Familiarizados con el uso de las armas de fuego, los Yaquis las emplean de preferencia; sólo por absoluta necesidad recurren á otras; en la actualidad se ocupan más de reformar cartuchos Maüsser que de hacer flechas; y el arco y el carcax de sus antepasados yacen ociosos y empolvados en los techos de ramas de sus jacales.

La guerra indudablemente ha hecho progresar á los Yaquis; pero en cambio, ha perpetuado y exacerbado en ellos ese odio, hereditario é implacable, que profesan al Yori, y que no se extinguirá en su raza sino con el transcurso de los siglos y tras una larga sucesión de generaciones.

La organización social de los Yaquis es en la actualidad, como su religión, el resultado de una disparatada confusión entre sus primitivos principios tradicionalmente conservados, y los hábitos sociales rudimentariamente adquiridos por su contacto con la raza blanca.

Aún ejercen poderosa influencia sobre la tribu los agoreros (Temastianos) que encargados de todo lo relativo al culto, cuidan y conservan los santos y fetiches; pretenden poseer los secretos del porvenir y conjurar las calamidades próximas á caer sobre el pueblo; exhortan á los Yaquis á continuar la guerra, colectando entre los indios trabajadores, los recursos necesarios para sostener á los guerreros, y van de ranchería en ranchería predicando contra los Yoris, avivando el odio contra ellos, fomentando el espíritu guerrero de su raza y augurando la reconquista de su perdida y muy amada Tierra Yaqui.

Uno de los recursos empleados por los agoreros (hechiceros) de las tribus de Sonora para infundir en el ánimo de los supersticiosos indios la creencia de que poseen misteriosos conocimientos acerca de las virtudes mágicas de las plantas y los animales, es el empleo de una substancia vegetal tóxica, cuyas propiedades, parecidas á las del hashish, producen alucinaciones y una excitación cerebral intensa.

He procurado obtener informes acerca de dicha substancia, pero los indígenas son muy reservados en todo lo relativo á sus «brujerías»; su desconfianza y terquedad son invencibles, y lo único que he podido sospechar, en vista de las vagas indicaciones arrancadas á fuerza de dádivas, es que la substancia en cuestión es producida por un cactus.

No es difícil que este cactus sea el *Anhalodium lewinii*, ó *Lophophora williamsii lewinii*¹, que crece en las áridas regiones de Texas y en el Este de México, y cuyas extremidades, en forma de botones, comen los Kiowas durante ciertas ceremonias y danzas religiosas, para resistir la fatiga y gozar con las alucinaciones de una embriaguez semejante á la ocasionada por la marihuana (*Canabis Indica*).

Una regular cantidad de dicho cactus fué recogida por Mr. James Mooney durante su permanencia entre los Kiowas. Los Sres. E. E. Ewell y Dr. Harvey W. Wiley del Departamento de Agricultura de Washington, analizaron la planta, encontrando en ella tres alcaloides designados con los nombres de anhalonina, mescalina y alcaloide 3, además de algunas substancias resinosas.

Los Doctores D. W. Prentiss, y F. P. Morgan estudiaron las propiedades fisiológicas de la planta y de cada uno de sus alcaloides, y aseguran que, á juzgar por el resultado de sus experimentos, los tres principios activos de este cactus son muy importantes y constituyen una valiosa adquisición para la terapéutica.

Es probable que los taumaturgos de las tribus sonorenses posean además del anhalonium, otras plantas de propiedades análogas, que hábilmente empleadas, les sirven para explotar la supersticiosa credulidad de los indios.

Durante el invierno de 1901 me sirvió como *guía* un Yaqui llamado Matus que, según

1. Entre los Kiowas es conocida esta substancia con el nombre de peyote.

me han dicho, fué en otro tiempo Gobernador de uno de los pueblos del Río (aunque él lo niega), y que altamente disgustado con los de su tribu, por *asuntos políticos*, se separó de ellos y sirve actualmente como explorador (huellero) en el Ejército Nacional.

Este indio, que es un hombre de avanzada edad, muy formal y verídico, me decía en una de nuestras conversaciones lo siguiente: «No se canse usted, los indios ya estarían completamente dados de paz, si no fuera porque los Temastianos los obligan á dar contribución para la guerra y los alborotan á pelear. Ahora, por ejemplo, ya murió Tetabiate, y todo se hubiera acabado; pero el Tascaichola (un Temastian) ha andado por Magdalena y por las rancherías juntando dinero y gente para que vaya á pelear al mando del Mábita y del Mayo Cante (dos cabecillas indios) que están otra vez *alzados*.»

Como se ve, la perniciosa influencia de los Temastianos contribuye poderosamente á perpetuar la guerra, y estimula y obliga á los indios á dejar sus labores y empuñar las armas con el aparente fin de reconquistar *sus tierras*; pero en realidad con el de ayudar á dos ó tres Yaquis ambiciosos que, protegidos por sus intrigantes agoreros, luchan por adquirir el mando supremo de la tribu.

Al hablar de Máximo Matus, creo interesante mencionar un hecho que revela las excepcionales aptitudes que para *huelleros* poseen algunos de estos indios.

Caminaba yo un día en compañía del Sr. Coronel Peinado por el llano llamado de la Cieneguita, cerca de la falda oriental del Buichori: Matus, que marchaba delante de nosotros, se detuvo á examinar el suelo y con la seguridad del que no teme equivocarse, «por aquí, dijo, pasaron ayer quince ó veinte indios, todos *grandules* (adultos), no llevan familias y van arreando un caballo.»

Seguimos la dirección indicada por Matus, y á poco andar encontramos los restos de un caballo recién *carneado* (destazado) y las cenizas indicando el lugar donde habían hecho fuego para asar la carne.

Al día siguiente supimos que el modesto, valiente y pundonoroso Teniente Coronel Miguel Rivera, había encontrado á los indios en el número y dirección indicados por Matus y se había tiroteado con ellos.

Todavía existen entre los Yaquis algunas de las antiguas costumbres y educación de los guerreros, á quienes sometían á durísimas pruebas antes de admitirlos en el ejército; pero las actuales y difíciles circunstancias en que se encuentran los han obligado á suprimir las reglas y ceremonias que en otro tiempo usaban.

Antiguamente, el aspirante á la carrera de las armas desempeñaba primero el papel de meritorio y estaba obligado á seguir al ejército en campaña haciendo largas jornadas y salvando los pasos difíciles. Después se celebraba una fiesta en la que viejos guerreros armados formaban un círculo en cuyo centro se colocaba al joven aspirante: un capitán distinguido enumeraba en elocuente discurso las privaciones y penalidades que se sufren en la campaña, y entre tanto uno de los más valientes soldados que hacía las veces de padrino, imponía las manos sobre los hombros del ahijado. En seguida, el viejo capitán sacaba de su carcax algunas uñas de águila, con las cuales rasgaba la piel del pecho, espalda y muslos del aspirante: corría la sangre, pero el catecúmeno estaba obligado á verla correr con impasible ó risueño semblante para demostrar que era digno de la carrera elegida.

Cual en otro tiempo quedaban los hidalgos *armados caballeros*, así el joven indio quedaba tras esta ceremonia declarado guerrero; pero aún tenía durante varias lunas que velar con frecuencia, soportar fatigas y permanecer lejos de las hogueras, resistiendo el frío á la intemperie para hacerse vigoroso y aguerrido.

Entre los Yaquis, como entre todas las tribus de Sonora, la milicia era un arte que cul-